

Calle Caribe

Aurora Arias

Las tres mujeres estaban sentadas en el desayuno, una frente a las otras. Clara era una mujer escuálida, un poco fantasmal, como atravesada por una oscura transparencia. Actuaba con esmerada consideración hacia la familia de Federico, su joven marido, exactamente quince años más joven, y además extranjero. Ambos iban de visita de vez en cuando, y Clara procuraba entonces no ser "la intelectual graduada en Francia", sino únicamente Clara, la mujer de Federico, sencilla y agradable, pero elegante. ¿Beba? Bueno, un poco de paciencia con ella, existen seres así, salidos de la nada, de la incertidumbre, a los que inevitablemente hay que soportar. Beba parecía soportable, aunque cometiese el error de ser bonita y aparecer en sus vidas cuando menos la estaban esperando. En cuanto a la Sra. Santos, cierto que se veía pálida y ojerosa, pero siempre los acogía bien, con aquel gesto de susto y alegría, sin dejar de mover nunca las manos. Rápida y convincente, bromeaba, o abría la nevera, buscaba cosas en el horno, metida de lleno en la resignada felicidad del ama de casa que ofrece al mundo sus tesoros: "un poco del pudín que hice ayer para las amigas de la iglesia, o uno de los helados que vendo por las tardes a los nenes del barrio para ganarme unos chavitos".

Su marido, en cambio, tomaba las cosas con más calma. O mejor dicho, hablaba menos. Federico le llamaba "Nenito", porque lo consideraba un niño grande. Pero, oh no, el Sr. Santos no era un niño grande. Sólo un adulto triste. Miraba profundo, respiraba hondo, como tratando de tomar nuevas fuerzas cada vez. Terco, quizá tierno en su callar. Dibujaba unos cuantos gestos en el aire, los necesarios, y algo en el aire se quedaba vacío, inconcluso. Entonces la Sra. Santos se ocupaba de decir cualquier cosa, tratando de socorrer la interrogante de ese algo que de alguna manera había que rellenar.

-Fue difícil, después de 11 años, volver a parir. Es como la primera vez. O peor, porque ahora me siento más vieja, más cansada, ¿usté vé?-le confesó la Sra. Santos a Beba, la amiga que trajeron de visita Clara y Federico.

La muchacha, por su parte, se sentía entre exitada y aburrida. Sentada en la estrecha sala, debía escoger entre el parloteo de la Sra. Santos, el lloriqueo del pequeño David, la indiferencia de Federico, la erguida intransparencia de Clara, el silencio de Nenito, el Nintendo, y Ezequiel y sus amigos agachados frente al televisor escuchando la musiquita tonta de Lolo el Devorador. Afuera, la tarde itan pesada!, y desde la guagüita anunciadora, la voz del predicador gritando improperios en contra de Satanás, los políticos, las prostitutas, los astrólogos, las brujas, los adúlteros, el vudú, los tectos, las lesbianas, los gay, las feministas, únicos culpables, según él, de la sequía, castigo de Dios por tanta corrupción y tanto pecado.

-Permiso, voy a dar una vuelta, quiero conocer...-anunció Beba, abriendo la puerta de metal.

Salió. La casita de los Santos daba comienzo a la calle. Cataño es un basurero poblado de perros enanos, solares baldíos, casas con techos de dos aguas pintarrajeadas de azul, de fuscia, de amarillo, de un poco de aquello y de lo otro. La de los Santos era roja, con un jardín de plátanos al fondo. Vivían allí con sus dos hijos. Ezequiel, el mayor tenía la edad de sentir como un temblor la vida. David, el más pequeño, apenas acababa de nacer. Beba caminó unos cuantos pasos. Luego se detuvo y miró hacia el fondo de la calle, ancha aquí, estrecha allá, desenbocando en una avenida. Hacía mucho calor, nadie fuera de su casa y un sol nublado y ardiente. Ay, suspiró, tal vez el predicador tiene razón. Dios no sabe ya qué hacer con los restos de su divinidad, ni consigo mismo, mucho menos con su propia y antigua creación.

Beba, bendita: otra vez esa sensación de estar metida en un sueño viscoso, como de gelatina, quizás debido al viaje, o a la hora, 2:15 p.m. Iba a continuar caminando cuando oyó la voz agitada de la Sra. Santos decir por la ventana que no fuera sola por ahí, que le mandaría a ezequiel para que la acompañara, anda Ezequiel, mi hijo, deja ese juego, vamos, que la Srta. Beba no puede andar sola por este vecindario, echa, echa. Federico la secunda, varado, con esas ganas de querer también ir, de llamarse Ezequiel y temblar bajo sus 11 años; volver a tener una madre como su hermana, dicharachera, y un papá silencioso a quien llamarle Nenito, e ir con Beba, que igual que siempre huele a esa mezcla de sándalo con algo de jazmín, y viene de allá, de alguna ciudad feliz donde todavía llueve...

Ezequiel, blando y gordito, sale tal cual, sin camisa, Lolo el Devorador, la musiquita. Sonríe. ¿Cómo describirlo, mitad a mitad de aquella nublazón terrible y luminosa de Cataño? ¿Un ángel al filo de la pubertad? Un niño con cara de adulto, tomándose muy en serio su papel de guía.

-Venga, primero le mostraré el patio-dice, y Beba lo sigue. Pasan por la marquesina-. Este es el carro de mi pai-señala un cacharro más o menos servible-. Acá está el patio. Mire, éstos son nuestros plátanos, los sembramos yo y mi pai.

Miró. El platanal, lo más verde que en aquel instante existía, se alzaba preso entre piedras y basura. Ezequiel parecía tan orgulloso, que la muchacha no encontró que decir para halagarlo. Cielo. Nublazón. Suspiros.

-¡No los mire! -dijo de pronto el niño.

Acá, de refilón, tres muchachos salen del patio de la casa vecina. Llevan la cabeza rapada, aritos en las orejas y lentes de sol. Son ellos, los mismos de siempre, los dueños del universo, los que inventaron una jerga propia para llenar de incógnitas las ciudades, los hijos de las mismas señoras que sufren, de aquellos que no supieron qué hacer a la hora de entender la vida, los mismos demonios del predicador, apocalípticos, nacidos de la noche, tan jóvenes como terribles.

-¿Quiénes son ellos? -preguntó Beba.

-No los mire -repitió Ezequiel, haciendo como que hablaba de otra cosa- Vamos a dar una vuelta por el vecindario, no se asuste por los tipos estos, si uno no los mira, no importa, no se meten con uno. Viven del patio para allá, aunque están en todas las esquinas, ¿ve? Esta calle de mi casa se llama Caribe. Ese gallo que está ahí se llama Peto, combinación de Pez y Toro, el nombre se lo puso mi pai, que cuando joven escribía pensamientos y esas cosas. La mujer que está mirando por la ventana, es de mi iglesia, con ella mi mai me permite hablar... ¡adiós señora! Al gallo Peto lo echamos a pelear con una gallina, porque no hay más gallos por aquí, y claro, el gallo siempre gana. Es el esposo de todas las gallinas. ¿Usted de dónde es? Yo nací aquí, en esta otra isla que también es un país. No, no mire hacia esa casa. Ahí, y en aquella de allá, venden drogas, y ayer mismo mataron a una mujer a tiros en medio de la calle, ¿ve?, donde están el charco de sangre y los papeles de periódico. A veces matan a alguien por aquí, o aparecen, nadando sobre la laguna, los cadáveres que tiran en la noche. Por eso, la guaguüita en la que el pastor de mi iglesia predica, tiene vidrios a prueba de balas y usa chalecos él. Je, bueno, ¿la policía, dice usted? La poli se asustó y ya no entra más a este sitio. Pero no se preocupe. ¿Ve ese puente de madera? Debajo está la laguna. Después de la sequía y los muertos se ha puesto fea, pero es muy divertida, todavía puedo escuchar coquíes, esos sapitos que cantan ¿los oye? "¡coquí, coquí!". Los mosquitos van llegando un poquito más tarde. Parece que lloverá, pero siempre es mentira. Ay, venga, la ayudo. No se preocupe por los tres hombres que vienen atravesando el puente, son amigos. ¡Hola! ¿Ve? Son amigos de mi pai, no hacen nada. ¿Quiere conocer los caballos? Este es el solar donde mi pai cría sus dos caballos. Ah, esos carros que están ahí, tirados en la laguna, son robados. Los que venden drogas los roban, los usan, y luego los tiran aquí de madrugada, como a los cadáveres. Algunos son muy nuevos. Digo, no los cadáveres, sino los carros, je. Voy a pitar para que vengan los caballos. ¡¡¡Fuííííoooo!!! Qué raro que no vienen. Tal vez estén amarrados en otro lugar. ¿La escuela? Queda un poquito lejos, mi pai me lleva. El trabaja al lado, ahí mismo de la escuela, en una oficina. El es el "Encargado de Podar la Grama". Bueno, no vienen los caballos. Qué raro. ¿Cree usted que también los mataron? Volvamos a la casa, que mi mai luego se preocupa. Cuidado al atravesar el puente. Oiga, pero cuénteme, ¿dónde conoció usted a mi tío Federico y a Clara? Ah, ya entiendo... Sí, sí, recoja florecitas, haga lo que usted quiera. Aquí de día se puede hacer casi, casi todo lo que uno quiera.

Click

Aurora Arias

Fue en noche de luna llena cuando la profesora Guerrero se presentó a aquella reunión del *Club de la Espiritualidad* en casa de Emi. Taquitos que retumban por las escaleras como si fuesen botas. Como si no se tratara de una mujer menuda, de poquísimas carnes y profundas ojeras. Carterita tira corta boquiabierta, porque la transparencia ante todo, excúsame, y Helen Montero, al verla, se quedó sin saber qué hacer, cosa rara en ella. Suerte que lo primero que hizo ese día al despertar fue consultar el tarot. Barajó durante un rato las 22 cartas de los Arcanos Mayores, concentrada en preguntar qué tal iría la reunión de esa noche. Sacó del mazo el número XVI con la imagen de un rayo fulminando una torre y dos cuerpos que caen desde lo alto, transmitiendo una sensación de caos, destrucción y azote. El pánico que le produjo elegir esa carta, hizo que Helen se pasara el resto del día inquieta. Obviamente, Papá Dios le estaba enviando una señal. Debido a ello, la propietaria de "*Arquetípica*", la tienda esotérica más prestigiosa de Ciudad, no fue a trabajar, evitando encontrarse con cualquier vibración negativa de las que pululan en el ambiente. A lo largo del día, de un calor vaporizo y violento, se protegió con mantras, y temiendo lo peor, antes de que cayera la noche, hizo citas con la homeópata adventista y el médico naturista. Para asistir a la reunión, se vistió de blanco, y metido entre los senos llevaba un cuarzo transparente y otro color rosa a modo de cetro escondido en una mano, que ante la presencia de la Guerrero, empuñó con más fuerza para que le diera poder y le mantuviera la autoestima alta, por si acaso.

Y ahí estaba: la profesora Guerrero en persona. Un poco brusca en su manera de expresarse, con su cigarrillo ladeado en la boca y la cartera sin cerrar encaramada al hombro (no tengo nada que esconder, excúsame), abierta a las más avanzadas corrientes de pensamiento, y al mismo tiempo, "respetuosa de las tradiciones dignas de ser conservadas para la preservación de la buena convivencia entre los seres humanos, que gracias al raciocinio nos diferenciamos de nuestros hermanos planetarios, es decir, los animales, excúsame", la Guerrero se consideraba a si misma como la principal propulsora del *Arte de delinquir*, término de su invención que algún día daría título a sus memorias y que, según sus propias palabras, consiste en transgredir las leyes sin dañarse y sin dañar, en el entendido de que las normas sociales inteligentes favorecen las relaciones humanas y lo que de eso se desprende, o como decía Marguerite Yourcenar: "si hay una norma que es muy violada, tal vez no tenga sentido esa norma"; esta es más o menos la idea, excúsame.

Fifa Cruz tembló al ver a esa figura. Sólo a Emi, debido a su inexperiencia, se le habrá ocurrido invitarla. Dónde se conocerían. Con el paso de los años, la bruja radial tenía la sensación de que, a fin de cuentas, para bien o para mal, en esta ciudad nos conocemos todos. A lo mejor se trataba de una impresión falsa, pero de todas formas, a la Guerrero sí, a la Guerrero la conoce todo el mundo. Era inevitable encontrarla merodeando por ahí, asistiendo a tertulias sin ser invitada, boicoteando conversatorios, protestando a favor de alguna causa frente al Palacio de Justicia o haciendo aguerridas denuncias ante la prensa. Fifa la consideraba peligrosa, por lo que se sintió en el deber de advertírselo a las demás. Para ella, con todo el respeto que se merecía "por su papel protagónico en la lucha por la libertad de expresión y los derechos humanos, etcétera", aquella señora no era más que una cabeza caliente que donde quiera que llegaba lo trastornaba todo. Y eso no es de ahora. Todavía Fifa recordaba que durante la Revolución de Abril, la profesora acostumbraba a...

--Revolución no, jeva, excúsame. Usemos bien el español dominicano: lo de abril del '65 fue una guerra entre dos bandos—le contradijo de inmediato la visitante cuando Fifa comenzaba a rememorar un episodio de aquella época protagonizado por la Guerrero, que le podría dar a entender a Zelda, Helen y Emi, sus compañeras del club, que se encontraban ante una persona difícil, por no decir, imposible de tratar.

Zelda se dio cuenta del desasosiego de la bruja radial, pero prefirió ignorarla, concentrada junto a Helen en levantar un altar antes de iniciar la reunión, y dado que Emi permanecía callada, a Fifa no le quedó más remedio que explayarse hablando con la profesora sobre los servicios que prestó un primo suyo a la patria en no se acordaba cuál suceso nacional. A modo de respuesta, su interlocutora encendió un cigarrillo, fuego y voz ronca, para a seguidas preguntar:

--Excúsenme, pero ¿alguna de ustedes sabe quién es la patria? ¿Patria no es una puta que vivía en el barrio de Borojol, de donde, por cierto, salieron muchas y muchos combatientes de la guerra de abril que sí prestaron un auténtico servicio a eso que tú, jeva (*señala a Fifa con el cigarrillo*) llamas tan ligeramente Patria?

Helen encendió una varita de incienso, sonriendo de buena gana ante la ocurrencia. Fifa, en cambio, inició una cruenta discusión acerca del respeto que merece la Patria. Contrario a la bruja radial, a la mujer de negocios esotéricos le simpatizaba la inesperada visitante. Una mujer de armas tomar, sin absolutamente ningún pelo en la lengua, no una pusilánime como Fifa, que comenzó a rebuscar en el fondo de su macuto, como siempre que se sentía nerviosa, en busca de algo que la ayudara a contrarrestar la piromanía verbal de la Guerrero.

--Tu noción de patria me parece eminentemente reduccionista, excúsame.... El planeta Tierra es nuestra verdadera patria.

Escuchando a la profesora, a Zelda le entraron unas ganas terribles de ser una mujer normal. Una de las que acuden a su consultorio de terapeuta alternativa en busca de orientación. Una de esas que parecen ignorarlo todo acerca de sí mismas, y no andan de noche levantando altares en las azoteas. Una de las que a estas horas se encuentran acostadas en su cama, tranquilas con sus maridos, mirando la televisión.

Emi, por su parte, rogaba al cielo que a nadie se le ocurriera ir al baño. Le había tomado un día entero ordenar su vida dentro de las cuatro estrechas paredes de su habitación-cocina-terraza-baño llena de cachivaches podridos de lluvia y salitre, situada en la azotea de un ruinoso edificio de tres plantas en Ciudad Nueva, donde casi nunca llega la energía eléctrica que roba a su vecina y ésta a su otro vecino, y así sucesivamente, todos se roban entre sí. Había fregado lo mejor que pudo el baño, pero como quiera, se trataba de una construcción vieja, precaria, y por primera vez en su vida sintió vergüenza de recibir a alguien en un lugar así. ¿Será que por fin estoy madurando, y por ende, desarrollando una mayor conciencia de prosperidad?, pensó, y se propuso que del lunes en adelante, en vez de andar *janguando* por el mundo, saldría a buscarse un trabajo decente para intentar progresar.

Entretanto, la profesora continuaba lanzando humo por la boca. Parecía que los efluvios de la luna llena la exaltaban. ¿Y estas jevas, excúsenme?, se preguntó a sí misma, observando con sus ojos de búho el nerviosismo de Fifa, los aprestos pensativos de Zelda y la agilidad elegante de Helena, prendiendo velas y poniendo objetos sobre una mesa plástica cubierta con un mantel curtido, secundadas por Emi. De repente, se le ocurrió que sería interesante grabarlas, dejar inscrito para la posteridad todo lo que se dijese o dejase de decir en aquella tertulia, así que introdujo su delgada mano en la cartera boquiabierta y puso a rodar el cassette dentro de la pequeña grabadora que en toda ocasión llevaba consigo para lo que se presentara. Como cronista citadina de su época, necesitaba recoger la mayor información posible, para luego dedicarse a escribir sus memorias. Debido a ello, sus archivos confidenciales contenían documentos secretos de no tan secretas conversaciones de media Ciudad sobre temas absolutamente tabúes, como la doble moral del sistema en cuanto a la lucha contra el narcotráfico, fichas entrecortadas dando cuenta de su intensa labor como *observadora participante* durante las últimas cuatro décadas del devenir nacional, y

manifiestos a medio escribir de su propia autoría acerca de otros puntillosos temas. “La vida al servicio de la comunicación”, excúsenme.

Emi se dio cuenta de sus intenciones, pero no dijo nada. Admiraba ese don de la profesora de ser tan inofensiva como peligrosa, tan desagradable como divertida, tan cosmopolita como patriota, tan a la altura de los que poseen, y la vez, solidaria con los desposeídos, de ahí su séquito de rastafaris criollos y artistas marginales sin techo ni comida, defensores a viva estampa de la hambrienta diversidad cultural, entre los que se encontraba ella misma.

Tras el silencio cómplice de la más joven del grupo, el cassette en la grabadora de la Guerrero comenzó a rodar, captando un poco de todo lo que sucedía alrededor: voces de niños jugando en la glorieta de un parque, carros que pasan por el malecón, bulla, bocinazos, música, risas, maíz, maíz, maíz, maicero, barcos que zarpan, boca de lobo de mar. La luna, de un resplandor inusitado, lo expandía todo.

En el improvisado altar, velas y aromas encendidos. En esta esquina, el Buda que Helen trajo desde China para obtener abundancia. Al centro, la grácil figura de Kuan Yin, junto a una estampita de la diosa Kali y otra de la Virgen de la Altagracia, y más atrás, el retrato en blanco y negro de un gurú barbudo nacido en Occidente, con maestría adquirida en Oriente. Un altar de primera, pensó Helen, poniendo a sonar *Only Time*, de Enya, mientras anunciaba al resto de sus compañeras que la reunión podía comenzar.

--Seguimos siendo una aldea rural, que no global, excúsenme. Algo así como el medioevo en el siglo XXI--comentó la Guerrero, mientras contemplaba el altar, tremendamente deseosa de suscitar una discusión en el seno de aquel grupo que ya le estaba pareciendo demasiado aburrido. Como respuesta, Fifa le pidió que apagara el cigarrillo y se organizaran en círculo.

Hicieron lo segundo, salvo la profesora, quien aludió a su legítimo derecho de fumar, siempre y cuando tuviese la consideración de lanzar el humo hacia el cielo, y sin atender a los requerimientos de Fifa, continuó haciéndolo de pie. Mientras, el *Club de la Espiritualidad*, sentadas sobre cojines en el piso, esperaba por ella. Nadie se movía, nadie decía nada. Actuaban como si se sintiesen intimidadas. ¿Qué es lo que pasa? Hay que hacer algo. Fifa miró hacia el ombligo de Helen, esperando una reacción. Pero esta mostraba su peor sonrisa bondadosa de la noche, pensando en el significado de aquella carta que le salió en el tarot.

--Antes que nada, jevas, excúsenme...--dijo la profesora, tirando a un lado la colilla de cigarrillo y sentándose junto a las demás mujeres--. ¿Se han puesto a reflexionar acerca de cuál es el objetivo de este supuesto *Club de la Espiritualidad*? Porque me imagino que ustedes no son como la mayoría de los que han controlado el Poder en este país, que nunca han tenido claro la forma de procurar la construcción de un auténtico Estado de Derecho--. Al decir esto, la Guerrero, que había encendido otro cigarrillo y continuaba tirando el humo donde le venía en ganas, pareció entrar en un momento de especial frenesí. Se quedó mirando a Zelda con ojos de recriminación, moviendo la cabeza de un lado para otro como quien sube a un estrado y defiende una causa de gran envergadura.

La terapeuta, sintiéndose aludida, iba a dar una explicación, pero la profesora le salió al paso.

--Yo creo que un espacio para la reflexión como el que ustedes procuran, se puede obtener donde quiera, en cualquier cantidad de momentos y lugares, con plena espontaneidad, excúsenme. Cuando se asume lo espiritual como un *modus vivendis*, no hay que esperar a que sea viernes en noche de luna de llena para reunirse a reflexionar, aparte de que lo que la gente está urgida es de educación, no de altares, para poder ponerse en condición de evidenciar a las y los farsantes de la política nacional.

Vaya, vaya, vaya... ¿quién iba a colocarle el cascabel al gato? ¿Quién iba a explicarle a esta profesora que a las integrantes de este club al que equivocadamente quizás había sido invitada, no les interesaba hablar de política, y que por el contrario, igual que el resto de la población, estaban hasta la coronilla del tema? Pero ninguna se atrevió a decir nada,

dándole a la profesora la oportunidad de continuar:

--Porque más de la mitad de la gente en esta media isla usa menos de cien palabras en su conversación cotidiana, es funcionalmente analfabeta, sufre de anemia, y por tanto, se encuentra incapaz de discernir en profundidad, y menos un viernes, excúsenme.

--Chica, sí, es cierto—la interrumpió Helen, de la manera más diplomática posible—Pero precisamente, para mejorar esa situación tan real que tú planteas, las cabezas pensantes tenemos que seguir evolucionando, por el bien de la humanidad y el país, y por eso nos reunimos cada viernes a reflexionar...

--Jeva, pero cuánta ingenuidad... ¿a cuál estadio de evolución perteneces? ¿Olvidas que naciste en un país que eligió como presidente a un hombre que no sabe distinguir entre espontaneidad y grosería, que no sabe expresarse sino es en términos barriobajeros? Y no es que tenga nada en contra de los barrios, todo lo contrario, pues yo nací en Villa Consuelo donde, por lo menos en mi infancia, se respetaba a las mujeres aunque fuesen ramerás, excúsame.

La profesora se dispuso a seguir disfrutando de su cigarrillo. La noche avanzaba y cada vez estaban más disgregadas, rumió Fifa para sí. En su opinión, la Guerrero sólo las estaba haciendo perder el tiempo. Tan buenas reuniones que siempre tuvieron, tan enriquecedoras, sin temor a tan absurdas confrontaciones. Ahora tienen que soportar a la profesora saltando de un tema a otro diciendo que “si elegimos a ese presidente es porque todos y todas necesitábamos del pinche tirano del que habla Castaneda, de ese ser humano que nos pone a prueba para ayudarnos a crecer”. ¿Pruebas?, pensó la bruja radial. Ya era suficientes con las que tenía. Fifa Cruz no quería que le hablaran de más “pruebas”. Estaba harta de ellas. Qué más prueba que constatar mes por mes las pocas ganancias que le rendía su programa radial, situación que la había obligado a agregar otras maneras de resolver la vida, por lo que aparte de dar consejos por la radio, vendía productos para la higiene personal, hacía limpiezas energéticas en las casas con humo de romero y amoníaco, y regaba volantes en diversos cines, semáforos, oficinas y restaurantes de la ciudad ofertando sus poderes síquicos. Qué más prueba que ver que los tambaleantes resultados de tanto picoteo espiritual la mantenían en una permanente línea fronteriza entre la verde esperanza del *Dios provee* y el ciego y repetitivo pesimismo de *la cosa está mala*. Por tanto, ahora más que nunca necesitaba sumergirse en un grupo que funcionase como un útero protector y complaciente, donde no se permitiese que una tal profesora Guerrero llegue de improvisa a violentarlas.

-¡Suelta esa postura militar, jeva!—exclamó de repente la Guerrero. ¿Pero a cuál de las cuatro se refería? Tenía que ser a Zelda, por supuesto, pensó Emi. Ella era la más rígida, la que de tan tiesa parecía una esfinge.

Helen comenzó a sentir que una parte de su cerebro le decía “qué mujer tan interesante esta profesora Guerrero”, y la otra le advertía: “pero...”. Decidió hacerle caso a ambas voces, es decir, “qué mujer tan interesante, pero...”

--Tiene que haber alguien en la acera del frente que vigile el Poder con un sentido ético, excúsenme —continúo diciendo la visitante--. El caos institucional permite el desfalco, el saqueo y otras indelicadezas, y produce el "milagro" de gente que anda en yipeta y gana una millonada, pero no justifican su salario dentro de la administración pública en este país.

Al escuchar aquello, Fifa encontró el momento propicio para desenmascararla. ¿Qué explicación daba la profesora acerca del sueldo en una oficina pública, que según los rumores, cobraba mensualmente sin dar un golpe? ¿Podría considerarse tal conducta como ética?, le espetó.

--Treinta y tres años de ejercicio ético en este país, ameritan una recompensa por parte del Estado, excúsame —contestó con tranquilidad la Guerrero, que ya comenzaba a sentirse en sus aguas. Había encontrado en aquel grupo nuevas adeptas, o en su defecto, nuevas oponentes. Helen Montero, tan esplendorosa, a sus pies. Esta jeva, Zelda, la terapeuta, que

por lo menos tenía cara de pensante. Fifa Cruz, la del programa de radio... fácil de manejar. A Emi la apreciaba. Ese tipo de criaturas silenciosas conocen de forma innata la verdadera esencia del *Arte de delinquir*.

--Cambiando de tema, y como comunicadora ácrata-anarcofeminista-libertaria que soy, quiero compartir con ustedes una experiencia que viví hace un tiempo en casa de una amiga en la culminación del día por la no violencia contra la mujer. Esa noche descubrí que, en definitiva, la diferenciación genérica es una construcción de la cultura patriarcal. Las mujeres también nos violentamos entre nosotras mismas—dijo la profesora mirando hacia la noche. Las volutas de humo de su cigarrillo eran un complemento perfecto a la expresión despechada de su rostro. Sin el humo de la profesora alzándose en espiral hacia el infinito como única antena cósmica posible, no estaría completa la atmósfera de familiar extrañeza entre las cinco mujeres formando un círculo de velas encendidas, bajo la luna llena, Santo Domingo, un viernes, frente al mar. Aunque difícil de sospechar, junto a su espíritu combatiente, habitaba en la profesora un alma sentimental y refinada que amaba la noche, los libros, la música y los búhos. En su nutrida biblioteca reinaban Theillard, Thoreau y el Libro de Urantia, mientras que en su variada discoteca se encontraba lo mejor de la Nueva Trova, los hits de Louis Armstrong los éxitos de Pirela, Los Beatles, Manzanero, Olga Guillot, y La Lupe. La Guerrero era además una criatura sensible a los vaivenes del cosmos. Ética, estoica y cáustica cuando menguaba la luna. Receptiva, sociable, amable, sobrecargada de ideas y proyectos que quizás nunca llevaría a cabo, si la reina de la noche se encontraba nueva. Carismática, pasional, de verbo encendido, la mirada rotunda y el rictus dramático cuando el satélite se tornaba creciente. Y enteramente ella, al borde de la desproporción, en noches de luna llena.

--En esa ocasión llegué al apartamento de mi amiga, según ella sin ser invitada, y se me ocurrió escribir todo lo que escuchaba y veía, pues pensaba hacer un texto de periodismo literario. Pero a mi anfitriona no le gustó la idea; “por favor, no sigas”, me dijo en cuanto se dio cuenta, como si tuviese miedo de que fuese a perjudicarla. Esto es ficción, arte, la comunicación al servicio de la vida, le expliqué, y seguí escribiendo todo lo que ocurría en aquella casa esa noche, pues como observadora participante de todas las épocas que soy, quería recopilar datos suficientes para escribir una buena crónica que luego incluiría en mis memorias. Sin embargo, mi amiga me acusó de que le estaba invadiendo su privacidad. Le puso trabas a mi labor echándome de su casa, lo cual me provocó una crisis sicótica...

--¿Crisis sicótica?—preguntó Zelda, interesada por fin en la figura que tenía enfrente--. ¿Y cómo hizo para superarla?

--Con la ayuda económica de un grupo de amistades, entre las que se encontraba la misma amiga feminista que me la provocó, fui recluida en un sanatorio mental en Cuba, de donde me di de alta yo misma, tras una fuerte polémica con el director del centro acerca de los procedimientos usados en ese lugar para tratar psiquiátricamente a personas cuerdas e inteligentes como yo. Luego de mi fuga, anduve por toda La Habana en compañía del primer taxista que encontré, quien me albergó por un tiempo en su casa, donde conocí a sus familiares y amigos, gente muy bella y solidaria con la que tuve el gusto de compartir días de inolvidable bohemia, y cuando un mes después decidí regresar a mi país, me encontré con que, por orden de mis propias amistades, las autoridades de migración me habían levantado un impedimento de entrada, pero convencí al oficial de turno del atropello que se estaba cometiendo en mi contra, y conseguí regresar.

--Chica, yo te felicito...—dijo Helen, no muy convencida.

--Esa es precisamente la importancia de contar con un espacio como este, donde ninguna de nosotras se ha sentido nunca violentada como te sentiste tú esa noche en casa de tu amiga—exclamó Fifa, que ya había escuchado hablar anteriormente sobre la crisis sicótica de la profesora.

--Excúsame, jeva, pero parece que aún no estás enterada de que vivimos en una sociedad donde en todas partes se ejerce la violencia; una sociedad hipócrita donde la violencia incluye que los políticos se apropien de los recursos del pateado erario público para

utilizarlos en sus respectivas campañas electorales, y luego tener el descaro de hacerse pasar como buenos ejemplos para la juventud— la Guerrero , volviendo a su teatral onda de denuncia política, se puso de pie, rompiendo de repente el círculo--Y ni qué decir del clientelismo barato que tanto daño hace al pueblo, usando los servicios sociales del "Estado" para promover a las y los candidatos políticos, quienes pretenden manipular a la gente común y corriente que trabaja de sol a sol, pues cualquier cantidad de ignorantes pertenecientes a razas espirituales inferiores persiste en creer que en esta isla todas y todos hemos perdido la memoria, excúsame.

Fifa sintió que la mujer se estaba refiriendo a ella con aquel asunto de la pérdida de la memoria y las razas espirituales inferiores. Muy a propósito, le preguntó en qué año había nacido.

--Tengo 20 años de edad—contestó con resolución la profesora, parada en el umbral de la escalera, dispuesta a irse, convencida de que se estaba perdiendo hechos, conversaciones y reuniones mucho más interesantes en otro lado de Ciudad. Al notar las caras de asombro de sus interlocutoras, se sintió en la obligación de preguntarles:

--Excúsenme, pero... ¿no conocen la teoría cósmica científicamente comprobada, según la cual, mientras nos mantengamos enviándoles a nuestras neuronas el mensaje de que tenemos veinte años de edad, éstas funcionarán como si efectivamente así fuera?

Zelda, Fifa y Helen intercambiaron miradas. ¿Ven que esta mujer no está del todo bien de la cabeza?, parecía decir la bruja radial, mirando en línea recta hacia los respectivos ombligos de sus compañeras. Y eso, que la profesora había sido benévola al no hablarles sobre el *Arte de delinquir* , pensó Emi, entre la decepción y el alivio.

--Por cierto, antes de irme, las dejo con un par de frases que sí les permitirán reflexionar y hacer buen uso del cerebro: “el tiempo es una invención mental”, y “la juventud es la levadura de los pueblos”. Hasta pronto, jevas, y excúsenme--se despidió la Guerrero , al tiempo que dentro de su eficiente grabadora, el cassette cesaba de rodar haciendo *click* .

La novia del Altáncito

Aurora Arias

Parado en el malecón, James Gatto pensó que toda aquella luz que lo circundaba podría iluminarlo a él también. Animoso, se dispuso a recorrer el lugar al que recién había llegado. Bares pequeños y pintorescos repletos de gringos, hoteles de madera con techos de zinc, vendedores de huevos sancochados, muchachas que iban de paseo, poco tráfico, la playa donde la gente se bañaba feliz, sin prisas, sin problemas. Un letrero indicando *Long Beach*, más bares, el edificio del Cuerpo de Bomberos, el recinto de la moderna Policía Turística al este, y el Fuerte San Felipe, testigo de la ciudad de Puerto Plata desde el siglo XVI, al oeste.

Al término de su caminata, Gatto entró a un bar. Escogió una mesa cerca de la playa. La arena, el mar. Todo le parecía tan simple y primitivo, una ancha frontera abierta donde cabía, incluso, la felicidad. La brisa marina y las sombras de las palmeras le inspiraron lo suficiente para saber que aquello era exactamente lo que buscaba.

Quiero vivir aquí, quiero explorar, crecer, amar. Ésta es la vida, y es cierta, pensaba complacido. Al rato, sacó del bolsillo de su *Levis* un recorte de periódico. Lo puso sobre la mesa, alisándolo. Leyó el papel una y otra vez. El empleo de manager nocturno en un hotel de la zona era todavía una incógnita. Nunca había hecho ese tipo de trabajo, pero aprendía rápidamente, en especial si se trataba del manejo de la gente. *Customers service*, dependientes, *bartenders*, encargadas de la limpieza, a todos se los metería en un bolsillo gracias a su carisma, a su caballerosidad y encanto, a su pinta de hombre educado, blanco, a su buen español, francés, inglés, e italiano. Le sobraba tiempo y energías, y esa tarde se sentía especialmente heroico, lleno de una euforia inusual. Tan distinto a un tiempo atrás, cuando aún habitaba en el anodino infierno que alguna vez fue su vida. Sí, sería una tarea fácil. Ningún trabajo lo espantaba. Sabía que lograría hacer cualquier tarea sin el más mínimo esfuerzo.

El Océano Atlántico batiéndose frente a él funcionaba, sin dudas, como un elixir. El sentimiento de renovada ilusión, ese mar, esa luz, esa ciudad costera románticamente bautizada como *Novia del Atlántico*, le parecían tan maravillosos que enterrarían por siempre todo lo que dejó atrás.

El motoconchista le hace señas con la mano y vocea:

—¡Ahí está *Barbanegra*!

James Gatto se parquea. Ve una pared blanca de dos metros de altura, con un portón de madera y tarros enormes conteniendo abundantes flores y palmeras. El portón está abierto. *Prohibido el porte de armas, comida y bebida. Prohibida la entrada a menores de 18 años*, reza un letrero. Gatto se desmonta de su auto. Ausculta el panorama. Ese hotel a sólo cinco minutos del centro del pueblo, en apariencia tan ajeno a éste, tan solitario... Atrás de la pared ve un techo de cana muy grande, de nuevo palmeras, y un par de edificios con techos de teja y balcones al mejor estilo español-gringo-tropical. Le gusta. Mira el reloj, y decide entrar.

El gran techo de cana pertenece al restaurante, decorado con peces, aves marinas y más flores. Desde el techo, varios ventiladores se nutren de la brisa del mar. Enfrente, una fuente de cemento y yeso con un par de flamencos a ambos lados, y al centro, una Venus Afrodita lanzando agua. A la izquierda, una pared parecida a un cerco, con muchos árboles puestos allí para ocultar el área, darle privacidad. Se trata del inmenso *jacuzzi* al aire libre, diseñado para meter a mucha gente, a cualquier hora, a hacer de todo. En el amplio balcón del primer

edificio acostumbra a amontonarse los gringos, mirando hacia el *jacuzzi*, listos para no perderse los momentos de más interés. Un *Adult Resort*, descubriría luego Gatto. Pero aún no sabía.

Entra al bar, Algunos extranjeros, muy pocos. Se detiene un rato, tratando de orientarse. Observa distraído el escenario de su próxima aventura. Tres mujeres que beben cerveza sentadas en una mesa, lo miran con atención, pero él finge que no las ve. Las *bartenders* le sonríen y le preguntan si busca algo. James se acerca, se quita las gafas, y con su gentileza habitual pregunta por Mister Finch.

—James Gatto, mucho gusto. Tengo cita con Mister Finch— explica, y les ofrece la mano. Las *bartenders* se miran y ríen. Una de ellas, sale del bar, va hacia Gatto, y le indica que la siga. Toman el camino de la derecha, donde aparece una piscina en forma de infinito. Al recién llegado todo le parece agradable, bien concebido. Se detiene ante una mesa donde hay café recién hecho, gratis. Las tres mujeres siguen allá al fondo, sin quitarle ni un segundo la mirada de encima. Gatto siente que se le calienta el cuello, trata de parecer relajado, y como siempre, lo logra.

—¡Diablo, papi, tú sí tá bueno, buen perro!—grita una de las tres mujeres, la más joven. Un solo grito a plena voz y sin miedo, consciente de su poder.

Gatto sabe que se refiere a él, pero se queda detenido con la taza de café en las manos, como si no la hubiese escuchado. Electrizado, eso sí, por dentro. De buenas a primeras, la protagonista del grito se ha puesto de pie, y está ahí, frente a él, con las manos plantadas en la cadera, uñas sintéticas, extensiones de pelo teñido, texturizado, hasta la cintura, ojos negros, muy negros, pestañas increíblemente largas, sonrisa desafiante; cara de “ven papi, buen perro, cómeme, que quiero ver como tú me pones, ven, que todo esto es tuyo, y es más, me lo voy a afeitar y me le voy a poner tu nombre para que veas que he estado esperándote la vida entera y ya no puedo más vivir sin ti...”

Las demás mujeres observan sonriendo sin decir nada. Miran al desconocido, divertidas, en espera de su reacción, que no pasa de una sonrisa defensiva y cortés. La muchacha mueve la cabeza como si se estuviese quitando un parajito inexistente, y decidida, se acerca aún más. Gatto la mira, se siente halagado y en peligro a la vez. Ha comenzado la acción, piensa. En eso, aparece la *bartender* en compañía de un viejo con pinta de gringo, barba blanca y lentes, que camina y balancea la cabeza como un pollo, tiene la cara arrugada de quien acaba de recibir un boche, el cigarrillo apagado pegado a los labios (signo de fumador sin remedio), los ojos apagados, harto y agotado de vivir.

Dos mujeres rodean a Gatto ahora, tan diferentes en sus mutuas ofertas; metida en su profundo aburrimiento, dura con los débiles y tumba polvo con los jefes, la *bartender*; sin mostrar miedo alguno, la muchacha de las pestañas largas y el grito, que mira al viejo y decide retirarse, no sin antes hacerle por última vez ojos bonitos al visitante, «no te apures, papi, que cuando este maldito viejo te suelte tú verás...».

Jennifer pestañas largas desaparece, seductora, volteándose para asegurarse que Gatto la está mirando, y él la mira, sin dudas; y luego, mira al viejo gringo, pensando que es Mr. John Finch, dueño del hotel, pero es simplemente Dave, el gerente general, un sesentón canadiense radicado desde hace más de veinte años en la isla. Le habla en inglés a James, y en español a la *bartender*, un pésimo español, como para que no lo entiendan. Si este hombre es el general manager, no voy a tener ningún problema, pensó Gatto. O quizás sí, quizás sí podría convertirse en un problema si el canadiense llegara a sentirse amenazado por este desconocido que sabe manejar a la gente, que las hipnotiza como un encantador de serpientes, que habla un correcto español, que es más joven; y a pesar de contar con menos tiempo en el país, conoce mejor que él a los dominicanos y a los haitianos, y al parecer, las chicas, los cueros esos, se lo van a dar de gratis.

—John está ocupado. Usted llegó con un atraso de dos horas a la entrevista. Tiene que esperar—dice Dave, de un modo que a Gatto le pareció ácido, pérfido.

—No hay problema—contesta el otro, sin inmutarse. El tiempo le sobra y puede cogerlo suave.

Dave se va con el mismo balanceo de pollo de regreso a su cueva. Gatto se dirige al bar y se sienta en la barra a esperar. Otro café, otro cigarrillo. Una cerveza, y se dedica a observar de nuevo el escenario. No se dejará llevar, no. Ni por cueros ni por pérfidos.

—¿Usted es el nuevo gerente nocturno?—le pregunta una voz que lo despierta de su trance omnipotente.

Está parada a su lado. Una morena de contextura física fuerte, con un fólter en la mano, ojos y sonrisa brillantes, y un aire de que va a explotar de la risa por cualquier cosa y en cualquier momento, pero también puede incomodarse e hinchársele las venas del cuello

dejando escapar todas las malas palabras del mundo a través de esa boca grande e invitante.

—Bueno, quizás deba esperar hablar con el dueño para saberlo—contesta Gatto.

Ella ríe.

—Ah, el viejo ese... si no es que ya está borracho—mira el reloj. Bueno, es temprano, tiene que estar con por lo menos uno de los cinco sentidos todavía.

Gatto ríe. Mercedes también. Es contagiosa su risa. Se faja a echarse fresco de prisa con el fólder. Le suena el celular y lo coge. Se pone seria.

—¿Pero donde tú tá, maldito cuero'el diablo? El gringo que ligaste anoche tiene cinco horas esperándote, yo no voy a joder con eso, ¿oíste? Bueno, si el marido tuyo no quiere que trabajes, entonces que te mantenga, ese maldito chulo, coño, ve a ver lo que tú resuelves con tu vida y no me jodas, que ya yo estoy harta de bregar con todita ustedes...

—Estos malditos cuero'viejo que tanto joden—cierra el celular y sonrío—. Mi nombre es Mercedes, encargada de personal.

Gatto, tratando de hacerse el divertido, le dice el suyo en tres idiomas distintos y le pide que elija el que más le guste. Ya alguna vez, en su gira existencial por otros lugares del Caribe, probó a ocultar su verdadera identidad cambiándose de nombre. Así, de Marco Ferretti durante su breve estadía en Cuba, había pasado a ser Fidel Mulheiro en su paso por las islas Caimán y Puerto Rico, y Joseph Ross cuando estuvo en Haití. Ahora, sin saber por qué, desea ser quien es; mientras aquella mujer le aprieta la mano con la suya durante un rato, más del necesario para presentarse.

Mercedes le cae bien. Esos ojos negros y esa boca negra africana, qué interesante. La llaman, esta vez en vivo, y ella se despide rápido desapareciendo.

Poco a poco, el movimiento alrededor del bar se hace más intenso, la tarde avanza, y los huéspedes, gringos en su mayoría, van llegando. Viejos, menos viejos, blancos de Ohio, negros de New York, un noruego pálido todavía y completamente fuera de contexto, el alemán de 85 años de edad que peleó durante la segunda guerra mundial y va allí porque se siente bien, porque esas mujeres al menos le hacen compañía y le dan alegría. Todos distintos, pero en el fondo, iguales. Llegan y se dedican a beber alcohol hasta perder los sentidos. Creen que aquí encontrarán amor, quieren besos en la boca, quieren manotear nalgas libremente, quieren que les digan “papi”, que durante unos días, horas, minutos o segundos los traten bien, y a lo mejor hasta se enamoran y se llevan a algunas de esas infelices a vivir con ellos para sus países o les mandan dólares desde allá.

Otros no, para otros la cosa está bien clara, un cuero siempre será un cuero, un pedazo de carne caliente que hay que tratar de conseguir al menor precio posible. Mejor si la engaño y no le pago nada, y luego, en el *message board* del *World Sex Archives* doy testimonio sobre mi estupenda estadía en aquel paraíso de carne que es ese paisito, coloco las fotos que tomé, trofeos de cacería desde Puerto Plata, paraíso de cueros baratos, de mujeres y niñas que se ofrecen a Mr. Finch para que las deje buscárselas en su hotel. Miren esa dominicanita con cara de analfabeta desnutrida con mi pene en la boca y los ojos vacíos de tanto meter perico, qué bonita es y cómo disfruta de lo que hace. Búsquenla, es fácil de encontrar en la red, miren su cara, la suya; no la mía, que borré para no ser reconocido, por si la chica es menor.

Las *Barbanegra Girls* hacen su entrada. Arriban montadas en motoconchos que las traen desde el pueblo, donde han dejado a sus hijos con el marido, o en su apartamento vacío, después de haber esperado a un chulo por dos días, ‘ese degraciao, seguro que está con otra más joven que yo gozando del dinero que me gano con el sudor de mi frente’. Entran por la puerta principal, caminando como por una pasarela, hasta llegar al centro del bar, tratando de demostrarle a las demás que ‘yo tengo mejor pinta que tú, mi amor, yo toi ma buena, yo voy a conseguir mucho cualto eta noche, un par de short terms de RD\$1,500 o un overnight de RD\$3,000, ia mamar guevos fue que vinimos!, así que ánimo, y si el ánimo no basta, unos buenos tragos y una fundita de perico ayudan’.

Todo fluye más fuerte a partir de ahora, las *bartenders* están en apuros, pero pese a ello sonrían derramando Red Bull, tequila, Presidente... Las chicas inician el agarre. Se pegan a los gringos, ojos bonitos, acercamiento, y unas cuantas palabras estudiadas a ver lo que les sale. Si es que sí, se sientan en sus piernas. Si es que no, *vete al diablo maldito gringo maricón*, dicho entre dientes para no disgustar al cliente y no ser echadas del hotel.

Gritos de júbilo de las que ya consiguieron pareja y saben que mañana tendrán con qué comer o suficiente dinero para perderlo en el casino esa misma noche y amanecer bebiendo y oliendo y llorando a solas. La voz de Miriam Hernández interpreta “El hombre que yo amo”, mientras una de las chicas, sentada en el bar, fuma, bebe, y canta, mirando llorosa

una telenovela en la TV colocada detrás de las *bartenders*.

A ella le encanta la gasolina, estribillo de unreggaetón, explota en un griterío de chicas *Barbanegra* que se tiran en medio de la pista a bailar, caras de orgasmo, caderas, senos, caderas, cuerpos no tan perfectos porque saben lo que es mal pasar; dinero, decadencia, frustración sexual e impunidad de un lado; juventud, miseria, hambre del otro. Se soban a los gringos, los agarran por entre las piernas, los arrastran a la fuerza por las manos y algunos ceden, sudan, arrancan a bailar con su típica falta de soltura, y todo se convierte en una mezcla que no mezcla.

Mañana, tras la juerga nocturna, un poco después del mediodía, las *Barbanegra Girls* irán a sentarse alrededor de la piscina a jugar barajas y a chismear entre sí, riendo de lo que le quitaron a tal o cual gringo pendejo. Los “mi amor”, parte del circo de la seducción, han sido falsos, ‘te lo hago bien para que no te olvides de mí después de que te vayas, para que me mandes dinero’, ya tengo cuatro viejos que me envían cuartos y me lloran por teléfono. Y los gringos, sentados al otro lado, hablarán entre ellos, otorgando votos y advirtiendo cualidades y defectos de este negocio de vacas, *¿cuánto le pagaste?, ¿tanto?, ¿tú estás loco?, así esas putas se creerán la gran cosa, pero yo estoy enamorado, viejo, qué puedo hacer, risas; aquella lo hace bien pero tiene la piel manchada como un dálmata, más risas; a esa le hiede, y la que está a su lado tuvo que pegarse un trago largo de vodka para poder funcionar, y aún así, tenía cara de que no le gustaba estar ahí...*

Gatto permanece sentado en el bar, esperando que no lo confundan. Cansado del viaje y la espera, siente necesidad de ir al baño. Cruza Mercedes, como en patines.

—Mercedes, disculpe, ¿dónde está el baño?—pregunta él.

La mujer frena de golpe, se para en un solo pie, da media vuelta.

—Venga, venga... ¿y el viejo el diablo ese todavía no ha hablado con usted? Ay, mamacita, ya yo veo que hoy usted tendrá que amanecer aquí.

La encargada del personal le muestra los baños cercanos al lobby, pero los dos están ocupados. Mujeres oliendo, probándose trajes de baños, alistándose para ir al jacuzzi o a la piscina. De repente, se abre una puerta y como un proyectil sale una muchacha borracha, desnuda, tratando de entrar un pie dentro de una cartera como si fuese un zapato. Da dos pasos hacia atrás para mantener el equilibrio y no caerle encima a Gatto, a quien mira con una sonrisa idiota; se cubre con las manos y la cartera y va de vuelta al baño donde hay cinco mujeres más gritando alborotadas, riendo, peleando, oliendo, quitándose y poniéndose sus colalés. Mercedes las insulta, *miren coño hablen bajito malditos cuero el diablo*; James Gatto mira hacia otro lado, *no se preocupe, no he visto nada*, hasta que la muchacha desnuda desaparece. Mercedes explota de la risa, le toma de la mano y le lleva casi corriendo por una escalera de madera, grande y suntuosa, que conduce al segundo piso donde hay otro bar más grande, pero cerrado, y cuatro habitaciones. Allí encuentran un baño libre y limpio.

Gatto orina con vergüenza, piensa que Mercedes lo puede escuchar. Ella se queda afuera, esperándolo. Se oye “Pobre Diabla”, otro reggaeton. Enseguida, gritos y coros desde el bar de abajo. James sale del baño y Mercedes le agarra de las manos de nuevo. Bajan de prisa al bar, donde termina el reggaeton y comienza un merengue; y enseguida Mercedes pasa de la prisa al baile entre aquella multitud de chicas y gringos que el alcohol pudo al fin confundir, aturdir, mezclar.

Sin saber lo que hace, James Gatto se tira a la pista y baila.

—Oh, pero usted baila merengue muy bien...—ríe Mercedes—. Y no se preocupe, que de ninguno de los dos, el manager general y el dueño, se sabe nada. Así que olvídate, Jaimito, disfruta, que hoy tu entrevista de trabajo no se va a dar.

Gatto baila con ella, se ríe, le gusta que esa morena de boca africana le llame Jaimito, no piensa en donde ni cómo va a amanecer, ésta es por fin la vida verdadera.

Dos horas después, es más de medianoche y James no ha comido nada. Gringos y chicas emparejados han subido a las habitaciones, quedan pocas personas en el bar, mucho más quietas ahora. Mercedes se despide.

—Quiero desgaritarme de aquí antes de que el dueño me salga con una misión imposible a las dos de la mañana. Dígale a Dave que le de una habitación, que hay algunas vacías—dice, y le pide disculpas por no poder invitarlo a su casa, a su cama tal vez.

¿Iría? Sí, probablemente. Gatto la ve marcharse y decide ir hasta la oficina del general manager. Se detiene frente a la puerta de vidrio. Ausculta hacia el interior. Dave está solo, sentado frente al escritorio, fumando con los ojos fijos en una hoja que Gatto descubre es la de las reservaciones. Lo mira hasta que el otro lo mira, pero no se mueve por muchos segundos, como si estuviese encadenado a la hoja. James Gatto decide entrar.

—Hola, buenas noches, estaba pensando si la entrevista de trabajo se va a dar hoy o quizás otro día. Sé que el cargo es nocturno, y quizás por eso hemos esperado a que salgan la luna y las estrellas...

Ve pintarse en la cara del viejo una sonrisa ácida, fija, la segunda del día. Levanta una mano y le muestra una llave que dice C1.

—John no se encuentra bien ahora. Está borracho como un perro, tirado en su cama. Vamos a vernos a las tres de la tarde. Usted puede dormir en esta habitación, gratis, por supuesto, pero ni el minibar ni las chicas están incluidas.

Se ríe de su propio chiste y Gatto también.

Sueño pegajoso, ganas de descansar. Ve entre sueños a un hombre flaco y más viejo que él, sin camisa, completamente tostado por el sol, parecido a uno de esos gringos que acaban con sus vidas en playas extranjeras, luego que todas las demás opciones se han evaporado. Triste, solitario, sin familia, objeto de burla de los que le arrancaron todo y ahora no encuentran qué hacer con él; esperando que algún pariente le mande dinero para supuestamente volver a su patria, pero si llegan los dólares, serán empleados en cualquier cosa, menos en regresar.

James descubre que ese hombre es él mismo en unos cuantos años. El viejo lo mira y le agarra de la mano, empeñado en mostrarle algo. De repente, están volando juntos, el soñador sabe sin ninguna duda donde le llevará. Sí, lo sé, vamos a casa de mi madre. Entro con vergüenza. Varios niños están ahí, pero no veo a mi hijo. Lo busco afanosamente, hasta verlo bajar por una escalera. Tiene puesta una ropa vieja que le queda estrecha, ridícula, los zapatos rotos, no lo imaginaba así. Me mira con tristeza, salimos de la casa buscando estar a solas, ‘yo sabía que ibas a volver, papá, lo sabía, y si no volvías, yo sé lo que iba a hacer para encontrarte’, me dice llorando y abrazándome. *¿Qué tú ibas a hacer, qué tú estás diciendo?*, le pregunto y lo abrazo más fuerte. Pobre hijo mío, me fui y te abandoné junto a tu hermanita, qué locura, qué locura, esto tiene que ser una pesadilla sin remedio, ya no podré hacer nada por ti, nada.

Tocan con insistencia a la puerta. James Gatto despierta espantado. Deben ser como las tres de la mañana. ¿Quién me busca? ¿Dónde estoy?, ¿dónde está mi hijo? Ah, ese hotel... Se tira de la cama, y abre la puerta. Recupera su otro yo, el que vive en esta isla desde hace meses. Sonríe sin remedio ante el espectáculo que se le presenta enfrente.

—Hola, mi amor, vamos p’al jacuzzi.

Jennifer pestañas largas está ahí, metida en un traje de baño que con mucho esfuerzo logra cubrirle los senos y el resto del cuerpo. Una mano en la cadera que balancea casi nerviosa, a lo mejor insinuante; la otra sosteniendo un bolón que chupa, retiene en la boca, saca y mete, mete y saca, mientras lo mira. No es tan alta como parecía cuando se presentó ante él en el bar llamándolo “buen perro”. James observa en silencio su cuerpo, su cara, sus ojos, y esas pestañas increíbles.

—¿No quieres ir conmigo, mi amor? Si tienes mujer, no te preocupes, que yo no soy celosa...

Recita esa vieja frase que quien sabe cuantas veces ha recitado. La mano que tiene en la cadera, la derecha, se mueve hacia él y se posa en su brazo. Gatto se da cuenta que no hay nada que hacer. La sensación de aquella mano sobre su piel le detona en el estómago, corazón, cabeza. Uno toca mil manos, hombros, brazos en su vida y no siente nada especial. Un día no, un día sabes que quieres que esta mano no se vaya nunca de donde aterrizó, piensa.

Tratándose de hombres, Jennifer se la sabe todas, le soba el vello y mira su reacción. James Gatto es un niño de teta en comparación con ella, aún cuando le dobla la edad.

—Ven, papi, que quiero enseñarte cómo tú me pones—dijo, igual como pareció decir en la tarde.

James no sabe cómo sigue aguantándose, pero se aguanta. Usa el cerebro, maldito imbécil, recapacita, piensa que esto no te conducirá a nada bueno. Es sólo una prostituta. Un cuero. Quítale la mano de tu brazo, sin ofenderla, claro, dile que es muy tarde y ciérrale la puerta en la mismísima cara sin preocuparte a donde irá a parar a esta hora de la noche, eso a ti qué te importa. Date una ducha fría o ponte a mirar el canal porno en la televisión por cable, y mastúrbate.

Le retira la mano con delicadeza y prepara su mejor sonrisa, su mejor estampa, la del *gentleman* llegado de lejanas tierras, adorable y aventurero que intenta parecer, la imagen con la que pretende reinventarse, en el mismo instante en que ella de golpe se desmorona, pierde la sonrisa, se le cae el bolón de la boca, se apoya sin fuerzas en la pared, la voz

estropajosa y los ojos llenos de lágrimas.

—Por favor, lindo, ven, tengo frío, y no tengo dinero... ¿tú sabes si mañana llegan más gringos? Bríndame una cerveza, papi...

Él, gentil, la sostiene para evitar que se caiga. Ella se hinca, recupera el bolón del piso, lo introduce otra vez en sus labios, lo chupa, ‘ven’, insiste. Está de nuevo de pie y lo mira implorante. Baja la cabeza, se seca las lágrimas y es cuando James nota que es sólo una niña. Ve la inocencia extraviada en sus gestos, y siente pena.

—Está bien, espérame allá en lo que busco una toalla—acepta.

Al rato, Gatto llega al jacuzzi pero Jennifer, al parecer, no está. Mira mejor. El agua bailotea entre luces y sombras, y ella se encuentra flotando dentro, con la cabeza reclinada sobre el borde del jacuzzi, como si estuviese muerta. Gatto entra en el agua caliente, e intenta resucitarla.

—¿Qué te pasa?— le pregunta con voz tranquila y suave.

La muchacha no responde. La sacude pero no logra que abra los ojos. Ve una mueca abrirse en su cara, la mueca sonrisa de quien está soñando, tira los brazos sobre los hombros de James, pero aleja su boca de la suya. Su cuerpo está contra él, puede sentir su calor, lo besa rápido y vuelve a reclinarse en el borde con los ojos cerrados.

Luego le confesaría que no deseaba que los labios de él sintieran el amargo de la cocaína entre su labio superior y su nariz. Jennifer, pestañas largas, que no sabe contar, que no sabe ver la hora en un reloj, que en vez de escribir garabatea unas cuantas letras torcidas sobre el papel; y en cambio, conoce al dedillo todas las mañas y peligros aprendidas durante su temprano aprendizaje callejero. Jennifer que nunca fue niña, encarcelada, acostándose con el abogado para salir de prisión. Jennifer, recién cumplidos los dieciocho años, andando desde los trece con tígueres que la explotan, golpean y le caen a tiros de los que milagrosamente escapa. Jennifer, borracha y endrogada para engañar al dolor y sólo sentir placer. Jennifer, a quien un “moreno americano” violó y luego le prometió matrimonio. Jennifer enferma de los riñones, del alma, adicta, astuta, mentirosa, incumplidora, princesa de los bares de mala muerte de *Long Beach*, en compañía de to’ lo cuero malo de Puerto Plata, niña linda de Barbanegra, *an exotic, erotic resort for single men and adventurous couples*. Jennifer Miss Bikini Barbanegra, título ganado en buena lid, mostrándole las nalgas a un grupo de gringos decadentes.

Jennifer, novia del Atlántico, víctima del subdesarrollo, quiero ser tu héroe, yo, James Gatto, ciudadano del Primer Mundo, te salvaré. Gatto toca sus senos, y la muchacha hace como si perdiera literalmente el sentido. Él se extasía mirando una vez más sus largas pestañas, momento que ella aprovecha para abrir los ojos y agarrarle el pene. Lo tiene en sus manos como si se tratara de un control remoto, sin dejar de mirarle, sonreída.